

Sabbatum

Número 4 Febrero 2014

Vocalía de Cultos

La Presentación del Señor

El dos de febrero la Iglesia celebra la Presentación de Jesús en el templo y la Purificación de Nuestra Señora, la Virgen María.

Tras el nacimiento de Jesús en la gruta de Belén, sus padres, José y María, tenían que cumplir con varios preceptos de la ley para incorporar al recién nacido al pueblo elegido.

El primero, la circuncisión (Gn 17,10) y la imposición del nombre al niño (Lc 1, 31).

Este acto probablemente se realizó cuando la Sagrada Familia se encontraba aún en Belén.

A los ocho días del nacimiento, su padre José debió de llevarlo al “mohel”, un especialista –no tenía por qué ser un sacerdote- para circuncindarlo entre cantos de bendición. El mohel preguntaría a José el nombre del niño. Jesús significa “Dios salva”. (*Treinta años más tarde, ese mismo nombre, ... / ... lo escribiría Pilato en la tablilla que, ensangrentada, explicaría sobre la cruz el porqué de su condena a muerte.*)



Tras la circuncisión, a los cuarenta días de dar a luz, la madre debía de ir al templo de Jerusalén para su purificación.

María, entró en el atrio de las mujeres del templo. Se colocó junto a las demás en la escalinata que daba acceso al atrio de Israel (de los hombres) frente a la puerta de Nicanor, y presentó su ofrenda: dos tórtolas (ofrenda de los pobres) –las más pudientes ofrecían un cordero-.

Los levitas rociaron a las mujeres recién paridas con agua lustral y rezaron oraciones sobre ellas y sus hijos.

El oficiante tomó una ave de las ofrecidas y cortó su cuello, roció con su sangre el altar arrojando a su víctima sobre las brasas del altar de bronce.

La segunda ceremonia tenía como protagonista al niño. Era un rito más importante que el anterior. Consistía en el rescate del recién nacido. La ley establecía que todo primogénito tenía que ser consagrado a Dios (Ex 13, 1-16). Por tanto, los primogénitos eran propiedad de Dios. Era un signo de la salvación de Israel, un memorial de la pascua. María, probablemente intuía un gran misterio en esta ceremonia. Sabía que si todo primogénito –hasta los animales- era propiedad de Dios, este hijo suyo lo era más que ninguno. Avanzó hacia ese misterio, en el que iba a rescatarle, aunque su hijo seguiría siendo total y absolutamente de Dios. José ofreció cinco siclos (moneda judía) de plata (el equivalente a veinte días de trabajo de José) (*Tal vez se les habrían salado las lágrimas si hubieran sabido que ellos ahora lo “compraban” con cinco siclos y que alguien lo vendería por treinta, años más tarde.*)

VOCALÍA DE FORMACIÓN

Reflexión ante el Evangelio

"Ahora, Señor, tu promesa está cumplida: he visto la luz que alumbrará las naciones y que será la honra de tu pueblo: Israel"

María y José llegaron al templo para presentar a su hijo. Allí encontraron a un hombre lleno del espíritu del Señor. La docilidad al amor que Dios ofrece es la luz imprescindible para poder comprender los grandes misterios. Cristo, recibido como luz universal, no consentirá que dominen las tinieblas, aunque para muchos será signo de contradicción y bandera discutida.

Ser signo de contradicción es una de tus señas de identidad, Señor. Que el Espíritu me anime a mí también a serlo y me ayude a discernir las intenciones de los corazones, jempizando por el mío!

María y José manifiestan su admiración cuando Simeón proclama a Jesús "luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel" (Lc 2, 32). María, en cambio, ante la profecía de la espada que le atravesará el alma, no dice nada. Acoge en silencio, al igual que José, esas palabras misteriosas que hacen presagiar una prueba muy dolorosa y expresan el significado más auténtico de la presentación de Jesús en el templo.

Después de la profecía de Simeón se produce el encuentro con la profetisa Ana que también "alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén" (Lc 2, 38). La fe y la sabiduría profética de la anciana que, "sirviendo a Dios noche y día" (Lc 2, 37), mantiene viva con ayunos y oraciones la espera del Mesías, dan a la Sagrada Familia un nuevo impulso a poner su esperanza en el Dios de Israel. En un momento tan particular, María y José seguramente consideraron el comportamiento de Ana como un signo del Señor, un mensaje de fe iluminada y de servicio perseverante.

A partir de la profecía de Simeón, María une de modo intenso y misterioso su vida a la misión dolorosa de Cristo: se convertirá en la fiel cooperadora de su Hijo para la salvación del género humano.

La profecía de Simeón asocia a María al destino doloroso de su Hijo

Después de haber reconocido en Jesús la "luz para alumbrar a las naciones" (Lc 2, 32), Simeón anuncia a María la gran prueba a la que está llamado el Mesías y le revela su participación en ese destino doloroso.

La referencia al sacrificio redentor, ausente en la Anunciación, ha impulsado a ver en el oráculo de Simeón casi un "segundo anuncio" (Redemptoris Mater, 16), que llevará a la Virgen a un entendimiento más profundo del misterio de su Hijo.

Simeón, que hasta ese momento se había dirigido a todos los presentes, bendiciendo en particular a José y María, ahora predice sólo a la Virgen que participará en el destino de su Hijo. inspirado por el Espíritu Santo, le anuncia: "Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción - ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones" (Lc 2, 34-35).

Estas palabras predicen un futuro de sufrimiento para el Mesías. En efecto, será el "signo de contradicción", destinado a encontrar una dura oposición en sus contemporáneos. Pero Simeón une al sufrimiento de Cristo la visión del alma de María atravesada por la espada, asociando de ese modo a la Madre al destino doloroso de su Hijo.

Así, el santo anciano, a la vez que pone de relieve la creciente hostilidad que va a encontrar el Mesías, subraya las repercusiones que esa hostilidad tendrá en el corazón de la Madre. Ese sufrimiento materno llegará al culmen en la pasión, cuando se unirá a su Hijo en el sacrificio redentor.

